EL ÚNICO

Me tomó cierto tiempo percatarme de que todo había cambiado. Quizás por no salir mucho de mí casa, o porque el silencio en el que el mundo se había sumido me adormecía, o por algo que no pudiera explicar, tuvo que venir el hambre y la sed para forzarme a salir, para forzarme a ver que había más allá, por qué motivo todo se sentía tan extraño. Y entonces, paseándome en calma por las calles completamente vacías, por las calles despojadas de vehículos donde los papeles de alguna última competencia electoral flotaban dispersos, viendo las fachadas quietas de los edificios, las cortinas mecerse con calma por el mismo viento que movía esos volantes, viendo el cielo nublado, apático sobre mí, entonces, fue que comprendí que me hallaba solo.

Solo. No solo como un hombre sin amigos, sin amante, con una familia desatenta como yo lo era, sino solo de verdad. Enteramente solo. En el mundo, a mí alrededor, no se oía el murmullo de una persona, ni las correrías de los niños, ni siquiera las pesadas respiraciones de los ancianos. Todo era calmo. Todo era silencio, y la ciudad, quieta y muda como una ruina, y yo en ella, su último ratón, su último guardián.

Al principio, pueden imaginar, me asusté. Sentí un miedo terrible. Sentí que había quedado atrás, ¿qué había ocurrido? No existía explicación alguna para un fenómeno tan improbable, pensé en una voz de alarma que no hubiera oído, una catástrofe que se avecinara, algo que forzara a los otros a huir, dejando todas sus pertenencias, dejando a este mundo tan abandonado. Pero nada ocurría. Ningún tornado, ningún ciclón, ningún terremoto o volcán cercanos que justificara ese éxodo, que explicara mi desvelo. Así que los primeros días, dominado por esa sensación de despertar que el cambio me generaba, por la energía que me habían dado tantas noches durmiendo en casa, presa de la desidia, lo que hice fue buscar a los demás. Caminé, caminé, y los días se me hicieron variados e interesantes, se hicieron las sombras del atardecer cuando el sol se esconde por el horizonte, yo sentado sobre las vigas de un edificio en construcción, comiendo un tentempié, viendo las horas pasar, rondando por la ciudad muda arrastrando los pies, aspirando el aroma de la noche y de la nada, el viento frio cosquilleando mi cabello y mi alma.

Fue toda una semana así la que tuve, caminando por cada rincón de la urbe, llamando a grandes voces a otras personas, oyendo siempre el silencio como respuesta. Eran días de otoño, fríos y melancólicos. Y yo estaba solo. Estaba solo, pero no parecía enterarme, seguía buscando, seguía preguntándome qué había ocurrido. Ningún mensaje. Ninguna llamada, ni siquiera de mi odiada madre. El mundo parecía detenido. Vi entonces la posibilidad de que fuera mi ciudad, y decidí marchar, probar suerte en sitios aledaños. Conduje en mi auto, por rutas vacías y oscuras, de noche, de día, alejándome de la comodidad de mi hogar. Nada. Los pueblos estaban desolados. Los letreros de bienvenida colgaban como mudas burlas, los sitios de comida, abiertos y sin clientes ni quien sirviera, los negocios en velo, pero sin ser pisados, las escuelas parecían iglesias y las iglesias cementerios. Tras tres días de jornada solitaria, en cierto punto en el que estaba en la ruta, sentado en la misma acera, fumando, decidí volverme. Ya había comprendido que no tenía caso, que lo que pensaba era cierto.

Yo era el único hombre de la Tierra.

Esa idea rondó en mi cabeza por un buen tiempo, repitiéndose, adquiriendo nuevas tonalidades. La tranquilidad que me rodeaba era desbordante. El rumor del motor de mi auto al regresar en la mañana era perfectamente audible, cada mínimo sonido se volvía un estruendo, una sinfonía que me recordaba aquello que yo ya sabía. El último. El hombre final. Aquel de quien tantos habían hablado, el ser más solitario de todos. Veía las fachadas de las casas, de las estaciones de servicio donde me abastecía en mi regreso, y pensaba, pensaba, ¿qué me queda ahora? ¿A dónde pudieron haberse ido todos? Pero no había respuesta alguna. Pensaba en una ascensión de proporciones apocalípticas, en alienígenas, y me permitía imaginar, si esos supuestos alienígenas regresaban a terminar su trabajo, en mí mismo, haciéndole señas desde una avenida vacía, dándoles la bienvenida a este mundo. *“Esta es la Tierra”* les decía, en mi imaginación *“Y yo soy su último habitante inteligente. No sé a dónde se fueron los demás. Siéntanse cómodos”*. Y al pensar eso rompía a reír, solo en mi auto, absolutamente solo.

Cuando por fin llegué a mi hogar, me sentí vacío por dentro. Sentí que no tenía motivos por los que vivir, que me había equivocado, estaba, también, exhausto por el viaje, y por eso fue todo un día el que estuve arrojado en mi cama, el nudo de mi corbata mal desatado sobre el cogote, contemplando el ventilador del techo y la luz de cada día menguar sin problemas. Una mosca zumbaba a mí alrededor, prueba de que los animales no habían sido sujetos al mismo destino que los hombres. Aquel molesto ruido era mi única compañía y diversión. No tenía nada que hacer. Me fundía entre el sueño y la desidia, tal como lo había hecho antes de que todo iniciara, imaginando envejecer, yo y esa mosca, esa mosca que quizás era también la última mosca del mundo. El silencio lo era todo.

Pasaron tres, cuatro días de aquello, en los que sólo me levanté para ir al baño o tomar agua del lavadero. Luego, como si un interruptor se hubiera activado en mí, di un salto hacia adelante, me pasé la mano por el rostro sin afeitar, me palmeé las mejillas.

Dije:

-Estoy vivo.

Pues el estar vivo y comprender que estaba viviendo eran cosas extrañas, de las que no me enteraba del todo. Pero estaba vivo, sin duda eso era cierto. Estaba vivo, y respiraba, y comía, y…

-Tengo todo el mundo para mí.

Y tenía todo el mundo para mí mismo. ¿No era eso el sueño de muchos? En cuanto esa verdad logró hacer mella en el desconsuelo en el que me hallaba, sentí una alegría casi perversa hacer ebullición en mi interior, llenarme por completo. Salí a la calle, a la calle vacía, y me desanudé de todo la corbata, la arrojé al suelo, me deshice de mi saco, de mi camisa, de mis pantalones. Sentí el aire en mi cuerpo desnudo, y grité con todas mis fuerzas, como una bestia. Se sentía maravilloso. Corrí, como un demente, gritando por la avenida, y nadie me juzgó desde las altas fachadas de los edificios, ni sentí el jaleo del tráfico, ni de ninguna mirada. Reí a carcajadas, por fin libre.

Luego pensé, en todas las cosas que podía hacer. Y mis días se tornaron más y más interesantes. No siempre iba desnudo, pero siempre hacía lo que quería: rompía las vitrinas de los negocios, tomaba la ropa que estaba allí, iba al cine solo, miraba películas solo comiendo solo mi maíz, robaba revistas, robaba comida, robaba en los supermercados, arrojaba enteros los grandes estantes, para ver el enchastre donde caían, y también secuestraba todos los maniquíes que veía, sin comprender mucho por qué, y los acumulaba en el medio de la calle como si planeara convertirlos en una terrible hoguera.

No pasó mucho tiempo hasta que, también, quise probar entrometerme en las casas ajenas, para conocer un poco de las vidas de esas personas que habían desaparecido, para ver si existía una pista allí, de qué había ocurrido con la humanidad. Pueden imaginar que no tuve mucha suerte en convertir a mi travesura en algo significativo. Pero, una vez entré a una de esas moradas –y estando solo, disponiendo de todo el tiempo del mundo, imposible era que no pudiera conseguirlo- sentí que me encontraba cara a cara con algo perdido hacía años, y no semanas, que me enfrentaba a lo mismo que los alienígenas en quienes tanto me entretenía pensar encontrarían en el futuro, una vez yo muriera y todo lo que quedara de aquí fuera este cascarón poblado de bestias: las ruinas de la civilización, de la inteligencia, de tantas cosas que nunca podrían comprender. Veía las camas desordenadas, los juguetes de los niños, leía los diarios personales de mujeres, hombres, jóvenes, todas esas vidas difuminadas, todo ese dolor compartido, unísono, y me enternecía, y el sólo pensar en la humanidad era suficiente como para hacerme llegar al borde de las lágrimas. ¡Qué seres más sufridos! La humanidad era un alarido constante, era un sufrimiento oculto, inexplicable, la humanidad eran manos, manos agarrando a otras, ayudándolas, usándolas para subir y escapar del dolor del abismo, de la nada. Eso pensé, quizás demasiado emocionado en mi poesía, e incluso un par de veces decidí dormir en esas casas. Dormí en camas matrimoniales usadas, en camas de niños también, dormí en el suelo y la alfombra de caras salas de estar, en doseles de ricos y camastros de pobres.

Llegué a considerar que mi casa era mi cuarto, y la ciudad mi casa. Era mía. Podía hacer lo que quisiera. Me daba placer el saberlo, probaba más y más. Pensé, en un momento, “tal vez esto sea temporal”, y por eso decidí prepararme, para cuando los otros regresaran. Entré al banco, las alarmas sonaron, conseguí de manera simple hacerme con el efectivo que no habían llevado aún a las bóvedas. Me hice millonario. Guardé mis millones en el armario, llevando las cajas caminando, silbando una vieja canción. Me sentía feliz. Sentía también que podía ver a cada uno de esos billetes arder, y no me importaría. Nada me importaba.

Los días fueron pasando, unos tras otros. Mi búsqueda se volvió más insistente. La rareza que me rodeaba se tornó un tanto más rutinaria. Me levantaba, y pensaba “este puede ser el día”. Podía ser el día en que todos regresaran, en el que los alienígenas vinieran a buscar a quien se habían olvidado. Aquello me motivaba a desayunar, a ejercitarme y dejar que el aire secara la transpiración sobre mi cuerpo. Caminaba desnudo, buscaba una casa ajena, entraba y me bañaba. Mientras más atrevido fuera, creía, más posibilidades había de que regresaran, de que el destino quisiera sorprenderme. Me vestía, rompía algún vidrio, robaba comida de algún negocio y la masticaba sin ganas, mis pasos lo único que se oía en el escenario citadino. Pensaba dejar ese mundo, e ir al campo. Pero también pensaba que, todo dado, el campo no sería más tranquilo.

Seguía acumulando maniquís. Me satisfacían. Eran lo más parecido a otro ser humano que tenía allí.

Veía películas, a oscuras en la sala del cine. Me lamentaba de toda la ficción que tan prontamente se había interrumpido, de la que nunca encontraría final.

Leía, todo lo que quisiera en las bibliotecas.

Usaba los gimnasios públicos, conseguía televisores, computadoras, todo lo que quisiera sin gastar un centavo. Caí en un hobby que años atrás con mucha sorna había desprestigiado: el de los videojuegos. No era muy bueno en ellos, pero el oír otras voces, el ver otros seres moviéndose como respuesta a mis actos me absorbía, y podía pasar horas allí sentado, gritándome a mí mismo, como un fanático del deporte en uno de sus encuentros semanales. Sabía que aquello no me curaría. Sabía que lo que buscaba no estaba.

Así se sucedieron meses. Poco a poco, moldeado por esa soledad, yo fui cambiando: me volví aún más desgreñado que antes, más ausente, mi cabello creció hasta hacerme cosquillas en la espalda, mi barba se volvió enmarañada y áspera al tacto. Mis horas de ejercicio continuaron; acaso porque eran mi excusa para permitirme no tener que salir, no tener que dejar la tranquilidad de mi casa para nada que no fuera abastecerme de vez en cuando entre las tardes nubladas, buscar alimento y más juegos que superar, que desechar en el mismo instante en el que los terminaba. Me encorvé, bajo el peso de mi propio pesar. Mis ojos se enrojecieron, febriles. Me consideré a mi mismo un loco al verme en el espejo.

Y un día…

Un día cualquiera hallé una respuesta insólita, como jamás se me había ocurrido. Una respuesta tan simple que era inaudito el no haberla pensado antes. En mi computadora, abrí el buscador de la red, de la red muerta que ya nadie utilizaba, y escribí:

¿Qué pasó con todo el mundo?

Miles de resultados se desplegaron, aunque ninguno aquel que en mi locura yo esperaba. Blogs de crítica, naturalistas, tendenciosos, se sucedieron ante mi cansada vista una y otra vez, triviales, sin darme aquello que yo necesitaba, el comprender en dónde estaban los demás, qué hacía yo ahí, solo, a dónde podía ir a buscarlos. Comencé a desesperar. Busqué, con cada vez mayor emoción, busqué las últimas noticias, me enteré de los conflictos de un mundo que nunca me había interesado, de las guerras, del horror, de todo ese ruido que extrañaba tanto, que me resultaba tan hermoso mientras más ajeno me era, el mundo al que mi madre había visto desde su televisor, antes de que yo dejara la casa para encerrarme en mí mismo. Y entonces… Entonces…

Vi un mensaje, en un sitio. Un mensaje dejado hacía una semana, por una cuenta; el único de todos ellos, el único que allí estaba. Leía:

Holaaaaa

Holaaaaaaaaaaa

¿Alguien ahí?

Mi corazón me dio un vuelco en el pecho. Mientras me creaba mi propia cuenta allí lloraba, bendecía al internet, bendecía mi vida. Envié una respuesta, presentándome, vomitando un atolladero de palabras que estaba seguro la asustarían. En el fondo tenía terror, de que fuera demasiado tarde. Lo envié, y esperé, mordiéndome las uñas crecidas de la mano, soportando mi miedo a base de respirar con calma.

Pasaron quince minutos de suplicio.

Luego, la respuesta.

¡No lo puedo creer! ¡Estoy tan feliz! Ya creía que era la única persona que quedaba, ¡pero me pone tan contenta! ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

¿Qué pasó con todo el mundo?

Yo soy Carla, de Italia. Vivía con mi abuela, pero ella desapareció.

Perdóname si mi carta es extraña, estaba tan asustada…

Ya ni recordaba los juegos que había traído de la tienda. Puse mis dedos en acción.

Carla.

Yo soy Jeremías. Vivimos a un mar de distancia. Pero no te puedo decir nada de lo que ocurrió, porque yo tampoco lo entiendo. ¿A que tú también te despertaste y ya todos habían desaparecido? Es una locura. Pero me alegra mucho haberte encontrado. ¿Qué cosas haces allí? No te preocupes mucho por tu carta, a mi también todo esto me ha dejado como atontado. Si tienes alguna teoría de qué pudo haber pasado, me encantaría escucharla.

Quince minutos luego:

Jeremías:

¡No se me ocurre nada! Y eso que en los últimos días he estado viendo todas las películas al respecto que te puedas imaginar. He pasado horas aquí tirada, comiendo –creo que subí algo de peso- pero nada, nada, y hasta que te acabas de aparecer, en el internet no parece moverse nadie más. La cosa me da mucha grima. Pero supongamos, ¿podrían ser aliens?

Carla:

Todo parece muy improbable. Lo que sí estoy seguro es que quisiera seguir hablando contigo.

¿Podemos contactarnos de otra forma? Me gustaría tener alguien con quien conversar.

Y así, antes de que el sol volviera a caer, yo ya tenía su número de celular, su perfil y prácticamente su amistad en todos los sitios sociales y de chat que se nos ocurrieran, un record en lo que a mis conquistas se referían del que no me sentía muy orgulloso, dado las circunstancias, pero decididamente sí muy feliz. Pueden imaginar, calculo, lo dichoso que es para el náufrago descubrir que no se encuentra solo en la isla donde ha caído, esa esperanza cálida que da el saberse acompañado, en saber que uno no es el único, que tiene con quien compartir sus sentimientos, con quien ser humano. Casi al instante, por necesidad, Carla se convirtió en mi mejor amiga y mi confidente, y desde luego yo en el suyo también. Nos escribíamos todos los días. Nos escribíamos en la mañana, en la tarde, en la noche, aunque nuestros horarios no coincidían del todo, pasábamos la penumbra en velo para continuar hablándonos. Ella me mandó algunas de sus fotos: era una joven de cabello oscuro y algo rebelde, la piel olivácea, la nariz aquilina y una sonrisa franca. Al instante me sentí conmovido. No me pregunté, en verdad, si acaso ella me gustaba porque era mi sola opción, porque la soledad me había hecho tal mella que estaba dispuesto a aceptarlo todo.

Cuando pidió verme, me percaté de que mi aspecto era lamentable, y de inmediato puse manos a la obra. Me afeité, corté mi cabello, me lavé a consciencia, pulí mis uñas y me cepillé hasta sentir dolor, busqué en una casa de moda un caro traje y me enfundé en él, asegurándome de que me quedara a medida. El hombre que Carla vio luego de eso poco tenía que ver con el que había estado hablando con ella hasta ese momento, pero no me importaba. Tras aquella brecha rota nuestra relación se solidificó aún más, y probamos por fin vernos a través de una cámara.

Todo ese tiempo, en mayor o menor medida, yo había sospechado que Carla se trataba de una ilusión, de alguna clase de engaño, tan oportuno que yo me había aferrado a él con desesperación, sin querer ver el vacío bajo mis pies. Cuando por fin en la pantalla vi su rostro moverse, su rostro real, humano, de piel, carne, hueso, sonreírme, saludar, tuve que pedirle una pequeña pausa para apartarme, para contener las lágrimas que salieron de mis ojos. Había alguien más. Ella era real. Había para mí alguien en este mundo.

Entonces volví, y conversamos. No hubo nada de forzado, de incómodo en nuestra conversación. Ella me mostró su casa, en el segundo piso de un chalet veraniego, me mostró el hermoso paisaje de Cerdeña, el sol golpeando los riscos de las costas, los sitios abandonados donde se había metido, las curiosidades de los desaparecidos que había encontrado en su incesante búsqueda. En respuesta, yo le mostré mi propio apartamento, la ciudad, el cine, los negocios en donde había entrado, las cosas que comía. Nos volvimos dependientes el uno del otro. Mi día no comenzaba si no la oía saludándome, en ocasiones, tampoco terminaba si no podía verla del otro lado de la pantalla, durmiendo ambos al mismo tiempo, oyendo el vaivén calmado de su respiración; a veces cocinábamos juntos, aunque nuestros horarios no coincidieran, comentábamos lo que haríamos en el día, nuestras confidencias, ciertos secretos de nuestras vidas.

Sería una falsedad decir que fui todo lo honesto que podía ser con ella, en cuanto a mí refería. No le dije todo de mí, no le hablé de mi terrible relación con mi madre o mi familia, de mi falta de amigos, de lo ajeno que me había sentido con el mundo hasta que todo comenzó y pude extrañarlos. Por no querer quedar fuera de comparación, o porque las cosas que ella me contaba sobre sus amigas perdidas, sobre su abuela y la familia que tanto la amaba me desbordaban y no quería que me viera como un fracasado, como un infame, estiré cada aspecto positivo de mi vida cuanto fuera posible, para impresionarla, para gustarle. Nadie estaba aquí para desmentirme, así que no me importaba. Podría haber torcido al mundo entero de ser necesario.

Aunque propusimos la idea un par de veces, ninguno de los dos se interesó mucho más en descubrir si todavía quedaba otra alma solitaria rondando la red, viviendo aquello que nosotros vivíamos. Los sitios no mostraban más actividad que la nuestra; del Guardián de la Tierra que me había imaginado ser, me había convertido en un hombre que cuchicheaba con una mujer que estaba del otro lado del planeta, insignificante, feliz en su insignificancia, y todo para mí era algo bueno, algo llevadero, algo que podía ser vivido. Un par de veces, por curiosidad, propuse viajar otra vez a alguna de las ciudades aledañas, tomándolo como algo vacacional; pero lo hice llevando conmigo mi computador y la cámara, asegurándome de que Carla podría seguirme durante todo el trayecto, de que no perderíamos contacto. Dormí en un hotel destartalado y vacío, y al siguiente día me volví. Era en vano.

Día tras día, semana tras semana, mes tras mes fue pasando. El escenario citadino al que ya tanto me había acostumbrado se volvió más vacío, aunque limpié la basura, los maniquíes que jamás le había mostrado a Carla me contemplaban con ojos mudos, esperando algo que no podía darles. Un día, recuerdo haberme despertado por el sonido de extraño bufidos en la distancia, y cuando me acerqué, corriendo lleno de horror y gozo para encontrar la respuesta a todas mis dudas, encontré a un cerdo de monte caminando algo oriundo por las calles del centro, explorando un territorio antes inhóspito para su especie. Lo grabé, para mostrárselo a Carla, y luego dejé de preocuparme.

¿Un cerdo? Jeremías, ten cuidado. Debe ser que los animales ya están perdiendo el miedo. Te me descuidas y la vas a pasar mal.

¿Dices que debería construir trampas?

No lo sé, pero cuídate. No estoy ahí para retarte si te equivocas. No te quiero perder.

Probaré cazar al cerdo y te mandaré el video.

¡Estúpido!

Al siguiente día, porque la preocupación de Carla había logrado llegar hasta cierto punto en mi corazón, hice una excursión a mi negocio de armas local y tomé algunas, aunque jamás hubiera disparado un sólo rifle en mi vida y tampoco estuviera muy seguro de cómo hacerlo, de cuál sería el resultado si en verdad los animales perdían el miedo y se decidían a verme como alimento en esta jungla de concreto. Supuse que construir barricadas, refugios más aptos también hubiera sido bueno, pero decidí no apresurarme y dejar que las cosas tomaran su ritmo. Yo seguía feliz, calmado con mi vida. No tenía que trabajar. No tenía que estudiar. Hacía lo que quería, comía cuando quería, no tenía que soportar a nadie a quien odiara, ni tener jefe, ni amigos traicioneros, ni familiares que me despreciaran. Tan sólo era yo, y Carla, y el mundo para mí, el mundo bajo mis pies, un Edén del que podía tomar lo que quisiera. Y sin embargo, lo cierto era que quería más.

Habíamos llegado a ser íntimos con ella, pero a mí me faltaba su presencia a mi lado, el poder tocarla, olerla, el palparla y saber que la tenía conmigo. Su ausencia era desmedida. La distancia que nos separaba, que todo lo que pudiéramos cruzar entre nosotros fueran miradas y palabras, lo que me atraía, eran cosas contra las que no podía luchar. Un día, mientras conducía por las calles vacías y conversábamos, le hice saber que me tentaba la idea de visitarla. Carla quedó callada por unos segundos, y contestó.

*-¿Te vendrías aquí?*

Yo manipulé el volante, aparentando calma. Lo cierto era que me interesaba mucho su opinión.

-Por un rato, claro. Quisiera verte.

*-Jeremías, nos separa un mar de distancia. ¿Cómo vas a cruzarlo…?*

-Pues, oí que los botes están a precio muy accesible últimamente.

Carla no río.

*-¿Sabes navegar?*

No contesté.

-*Es muy peligroso*- dijo ella. Pero que no me dijera que no, que sólo esa consideración fuera su respuesta, me dio todo lo que necesitaba. La esperanza que había oído en su voz, el anhelo… Era el mismo que yo sentía. Me di cuenta de que ella también deseaba tenerme cerca, de que era probable que ella también me amara. Y tomé una resolución en ese mismo instante. Carla podría no querer pedirme que fuera hacia allá, porque era mujer y temía que mi muerte pesara en su consciencia. Y yo, Jeremías, podía tomar las propias riendas de mi vida, y decidir por mi cuenta basándome en mis instintos.

Decidí que viajaría a Cerdeña. Viajaría a donde Carla me esperaba, y viviría con ella, ambos solos en este mundo. Presenciaríamos el final de las cosas.

Cuando al siguiente día le confirmé mi deseo, Carla me pareció incómoda, pero no opuesta al respecto. Se preocupaba por mi vida, sin duda, pero le aseguré una y otra vez que tomaría todas las precauciones, que aprendería todo lo que tenía que aprender antes de lanzarme al mar en su búsqueda. Al último se largó a llorar, sin avergonzarse por sus lágrimas en la pantalla. Dijo que cuando nos encontráramos me confesaría algo. Aquello me dio esperanzas, todas las esperanzas que necesitaba.

Desde ese día, y durante más de un mes, dediqué una sustancial parte de mi tiempo en aprender el arte de la navegación, establecer el recorrido que debería efectuar para llegar a Europa, encontrarme con mi amada, para conseguir todo lo que deseaba. Visité el puerto, innumerables veces, y tras ver y ver terminé por elegir una embarcación algo lujosa, que me pareció segura ante el oleaje que tendría que atravesar. Viajaría durante el invierno. Incursioné en muchos supermercados, buscando alimentos no perecederos, y descarté con pilas y pilas de latas de jamón en salazón, bacalao, galletas secas y nueces que pudiera morir de hambre en mi travesía si esta se demoraba más de lo indicado. Usando internet, y las bibliotecas, aprendí todo lo que podía aprender sobre el mar y sus corrientes, sobre cómo maniobrar mi barco, y tenté, varias veces, viajes cortos por el mar propio, sin alejarme demasiado de la costa, siempre maravillándome de lo particular de mi situación, de lo poco que había imaginado tan sólo unos años atrás estar en algún momento de mi existencia en la proa de un bote, con el sol bronceando mi piel y el viento despeinando mi cabellera, moviendo el timón y viendo las gotas de las aguas crear arcoíris en las barandillas, sonriendo ante mi futura adversidad.

Durante todos aquellos preparativos, poco hablé con Carla más de lo necesario, para no llenarla de vanas esperanzas. Ella se mostraba extraña, tal vez recelosa de mi propuesta, pero no me la discutía y hasta creía yo ver unos tintes de ansiedad, de espera en su voz al hablarme, al preguntarme cómo iban las cosas. Yo continuaba amándola, y deseándola. Sabía que nuestro encuentro llegaría. Debía encargarme de que todo funcionara bien.

Y el último día…

Encendí una gran pira, y dejé que los maniquíes que había amontonado en la avenida ardieran. El hedor del plástico quemado me hizo arrugar la nariz, pero sonreí ante sus rostros que se derretían, que se malformaban hasta desaparecer. No los necesitaba ya. Tenía a alguien. No estaba solo. Vi sus dedos fundirse, unirse hasta ser uno, los vi descomponerse en un amalgama maloliente, burbujeante, que espantaría a esos pérfidos animales durante un buen tiempo, y tras eso me encaminé hacia el puerto, donde mi barco me esperaba ya preparado del todo, completamente lleno de todo lo que iba a necesitar. No dije adiós a mi hogar, ni a mi computadora de casa, ni a las tiendas de vidrieras rotas ni al auto que utilizaba, sino que los dejé sabiendo qué, en el fondo, una vez me encontrara con mi amada en Cerdeña jamás pensaría en regresar.

Mi travesía dio inicio.

No voy a mentir, y decir que no estaba asustado. Tenía miedo. Las analogías se vuelven innecesarias: yo era un hombre de ciudad, piloteando un barco, rezando que semanas de lecciones en la red y que el avance tecnológico pudiera ser suficiente para equiparar la experiencia y el esfuerzo de los marinos de antes, de los primeros vikingos que visitaron el nuevo mundo sobre sus balsas de madera. Mi itinerario me tomaría un mes. La posibilidad de que el oleaje quebrara mi embarcación, de quedar encallado en una isla desierta, de hallarme perdido entre la nada durante un año no se me escapaba, era un fantasma constante, que me mantenía en vela, que me volvía despierto y agitado. Pero poco a poco, mis días en ese mundo tambaleante en el que me hallaba se volvieron más y más comunes, acostumbrados. Me levantaba temprano, a veces tan temprano que el cielo era todavía oscuro sobre mi cabeza. Mi camarote era el que había pertenecido al capitán, y su gorra descansaba siempre bajo mis pies, pero yo no tenía el orgullo suficiente como para calzármela en la cabeza. Me las ingeniaba para desayunar algo de lo que tuviera en conserva, o las pocas cosas frescas que había traído para los primeros días, en la heladera. El rumor de las olas me acompañaba a cada instante. Ese mecer perpetuo, incesante, fue primero una incomodidad, luego una molestia que me impedía dormir, y luego se volvió simplemente algo acostumbrado, como si mi cuerpo también se meciera junto con el oleaje para compensar cualquier desbalance. En cuanto eso ocurrió, llegué a considerar, con cierta hubris, que ya había tenido mi bautismo de agua.

El resto de mis horas las dedicaba a asegurarme de que mi rumbo era correcto, utilizando la tecnología de la nave, a comer, a intentar pescar, a leer y ver películas descargadas en mi computador portátil. El barco no tenía conexión, por lo que escasamente podía comunicarme con Carla; pero cuando lo hacía, me aseguraba de enviarle fotos de mi ubicación, de repetirle que me encontraba bien, que era certero que pronto nos veríamos. Recibía de ella ocasionalmente también una infinidad de emails, que eran el sustento de mi supervivencia emocional, recibía fotos de mi destino en Cerdeña, y la esperanza de que me recibiría, de que todo marcharía de forma correcta.

Y las mañanas fueron pasando. De noche, mi barco era un punto luminoso entre masas de oscuridad, una pequeña isla en la que yo me resguardaba, de la nada, de las sombras y de los monstruos. Por las ventanas empañadas, sus movimientos se asemejaban a rugidos que me aterraban, los bamboleos eran manos inmensas que me levantaban, arrancándome del sueño, guiándome hacia otro destino que no era el prometido. Tuve un delirio de fiebre, durante unos días, que pensé me acabaría. Soñé con mi madre, a la que tanto había odiado, mi madre visitándome en mi casa y diciéndome algo, algo que no llegaba a escuchar, mientras yo dormía. Soñé con la voz de mis compañeros de universidad, y la de alguna mujer que había amado, la voz de mi familia y de algunas personas que yo había deseado fueran mis amigos, pero esas voces eran rumores, rumores que no llegaban de ningún lado, como recuerdos que no podía sujetar. Las caras de los maniquíes se derretían, y sus ojos y bocas sangraban, pero no gritaban nada. No podía oírlos. Yo caminaba por la avenida, completamente solo, y un cerdo salvaje se aparecía, pero antes de siquiera poder verme algo lo asustaba y se alejaba huyendo. Yo no comprendía.

Tanto más luego, mientras yo me debatía entre mis sábanas, sudando, apenas con suficiente consciencia como para tomar agua de la botella que reposaba a mi lado. Sueños que aturdían, personas gritando, sueños de militares fornidos que me arrastraban de un lado a otro, sueños de dóciles jóvenes que me llamaban a mí su mesías, su única salvación, y todos ellos tenían mi propio rostro. Yo giraba, gritaba, rugía de dolor, sabiendo que todo pasaría. La fiebre se desvanecería. Este era mi verdadero bautismo. Volvería a poder vivir.

Y cuando la fiebre por fin terminó por ceder, me hallé a mi mismo viendo el techo de mi camarote, no desde mi cama, sino desde el suelo. Me incorporé, me lavé, y comí lo que cuatro hombres hubieran comido en un día en una sola sentada. Un día soleado y esplendoroso hacia su fuerza sobre la cubierta de la embarcación, el rumor marino era el mismo, pero alegre ahora por mi salud, y a cada segundo que pasaba yo me sentía más y más bien. Destapé una cerveza, y la bebí sentado afuera, echado sin hacerme problema alguno por nada. En cuanto la terminé, y sólo cuando la terminé, fui a revisar que mi rumbo fuera el apropiado. Apenas me había desviado. Lo corregí con cuidado, y luego aproveché para revisar si Carla me había escrito algo. Había un sólo mensaje de su parte, algo extraño considerando que yo había pasado días enfermo.

Jeremías

Ya te estoy extrañando. Escríbeme, ¿vale?

Y recuerda que te estoy esperando. Lo he estado pensando, y de verdad quisiera confesarte eso que te quiero confesar.

PD: ¿Has pescado algo o qué?

Le contesté de inmediato con una misiva considerablemente larga y bien redactada, producto de mi buen humor. Quería que supiera que me hallaba bien, que había superado la primera de mis adversidades, que ya más de una semana había pasado y que me acercaba. No recibí respuesta durante todo ese día, lo que en cierto modo mermó mi felicidad, pero a la noche por fin la obtuve. Carla se hallaba bien. Carla también había estado enferma, sin nadie que la cuidara. Una coincidencia espeluznante. Una coincidencia que nos decía a ambos más y más que juntarnos era lo apropiado.

La fiebre, el largo sueño, o algo similar me habían devuelto de su averno como alguien distinto, más relajado con su situación, el sol había bronceado mi piel, y el vaivén de las olas había templado mi ánimo y mi genio de una forma increíble, que me aseguraba de poder superar toda soledad. Intentando pescar, leer, o cocinar, mientras los días más transcurrían, me di cuenta de que un cambio se había efectuado en mi interior; y este era, simplemente, que no tenía yo ya desesperación por ver a Carla. No se equivoquen, deseaba, anhelaba verla, pero ese anhelo y ese deseo eran un producto de mi voluntad, de mi ser, y no de mi terror a hallarme solo o del vacío que podía haber sentido en mi ciudad, en mi vieja casa. Era yo quien navegaba, contra los terribles mares, era yo el hombre que iba en búsqueda de su amada y, tentaba la idea en ocasiones, si las olas me hubieran devuelto contra una isla desierta o mi barco naufragara por las aguas saladas durante el resto de mi vida, esta hubiera sido tan feliz como cualquier otra y poco hubiera hallado yo de desventurado en mi destino.

Era libre, y junto a mi recién encontrada libertad, también mis ánimos dieron rienda suelta, procurando cierto descontrol. Tras tres días de viaje, organicé para mí mismo una velada magnífica, de la que podría regocijarme en paz. Abrí diez de las latas de conserva, abrí cerveza y vino que había traído, y bebí, comí y canté, me emborraché como una cuba, subí a cubierta y canté a los gritos, a las penumbras del océano, a los vaivenes que me derribaban, al cielo tronado y al mundo infinito que descansaba bajo aquella masa de oscuridad, el mundo antiguo y eterno al que yo tenía prohibido visitar. Canté, como enajenado:

*Pues todos somos los piratas*

*Sabemos qué hacer*

*Somos los piratas*

*Cantamos, ya lo ves.*

*Pues todos somos los piratas*

*En barco o en pie*

*Somos los piratas*

*Colgamos, otra vez.*

Y reí, y arrojé mis botellas vacías por la borda, mínimos restos de la basura inmensa e inconmensurable que la humanidad había estado arrojando en las aguas desde hacía tantos siglos, y que ahora se erosionaba, junto a sus ciudades y su historia. Y dancé, un vals conmigo y para mí mismo, siempre chocando mi cadera contra las barandillas de mi barca y amenazando con desplomarme sin agarre, sintiendo cada giro como un relaje, dejando el ensueño dominarme. Y por último dormí, no en mi cuarto sino en la misma cubierta, con la camisa abierta y el rostro mal afeitado dando contra los truenos del firmamento, con una sonrisa pintada en el rostro, esperando ser fulminado, esperando morir.

Cuando desperté, el sol había secado la saliva de mi boca y mis ideas.

Revisé mi rumbo, y revisé si Carla me había dejado algún mensaje. Había uno, lleno de fotos, que la mostraba en un tour por la ciudad a la que pronto llegaría y que revisé con gran ternura en mi corazón, comiendo una loncha de jamón y bebiendo agua salada por pura desidia. Lo contesté hablándole del mar, de la inmensidad que me contenía. Me sentía capaz de estallar de tanta alegría.

Recuperé el hábito de ejercitarme, que el movimiento constante de mi nave me había arrebatado. Me bañé y me afeité.

Escribí una bitácora de viaje. Leía*: “Bitácora del Capitán”* y luego *“He desaparecido”*, pues entonces no quise ofender la memoria del verdadero capitán de esta nave, en donde fuera que este estuviera.

Pesqué, por fin, algo haciendo uso de una de las redes, y luego logré cortarlo, limpiarlo, quitarle las escamas y las espinas con gran dificultad, y cocinar los magros restos con algo de vino y migajas de pan duras. Pasé el resto de aquel día en el váter.

Escribí a mi amada, contándole mi hazaña. Me respondió.

¡Ese pez no es de muy lejos de la costa! ¡Debes andar cerca, Jeremías!

Y en efecto, una mañana tan sólo tres días luego de aquella misiva, un sonido único me hizo despertar cuando el sol apenas salía, desemperezarme, dar un trago de mi botella y salir a mi cubierta a respirar aire fresco. El sonido se repitió, sobre mi cabeza, y yo pude verla; pude ver a la gaviota volar, describiendo un amplio círculo alrededor de mi nave y las olas, y luego perderse en el horizonte. Y pude ver una línea en el horizonte.

La emoción que me embargó fue única. Era una línea borrosa, casi invisible entre el amanecer que se desprendía del fin del mundo ante mis ojos, una línea tan insignificante e inverosímil, pero, por sobre todo, era una línea que no había estado allí antes en semanas y semanas de viaje. La contemplé embelesado, la boca torcida en una sonrisa boba, sabiendo que lo había conseguido. Me aproximaba a la costa de Cerdeña.

Abajo, el agua azul se tornaba cada vez más y más clara, paradisíaca. Yo, impensable aventurero, no quise arriesgarme a las sorpresas y de inmediato escribí a mi compañera, diciéndole que había llegado. No tuve respuesta inmediata, pero no me importó, pues sabía yo ya de antemano donde quedaba su casa y creía que con unas horas en la isla podría ubicarla a la perfección.

Mi barco fue tanteando el terreno, levantando con su rumor estrellas de mar y corales, encallando al final contra la tierra, tan agotado de su viaje como yo. Yo descendí de un salto, sin preocuparme en amarrarlo. Si lo peor sucedía, siempre podía conseguir otro. Pero, pensaba, era inútil ya considerar cosas como aquellas. Había llegado a destino. Carla me esperaba.

Con aquel gesto idiotizado en los labios, y sólo una mochila sujetada con el computador, una botella de agua y un par de mapas que había impreso antes de partir, me adentré subiendo por las playas de Cerdeña, de ese mundo que siempre había existido y que jamás había pensado en visitar. Como imaginaba, el silencio era apabullante, tanto como lo había sido en mi ciudad. De no poder ver yo un par de casas en la distancia, hubiera concluido hallarme en un islote desierto, tal era el escenario y tal la calma que lo dominaba, que ni mis pasos lograban despegar. Ascendí por riscos, viendo el inmenso mar a mi espalda, las aves volar, un escenario tan magnífico que me estremeció, vi los campos en donde de seguro los chiquillos jugaban a la pelota cuando existían, y luego caminé, caminé, caminé, un explorador, un tonto, una pequeña alma entre el abandono y el vacío, entre los ecos de gritos y correríos.

Poco después, reconocí una imagen que Carla me había mostrado a los pocos días de conocerla, y lancé una carcajada. Vi casas blancas, perfectas, erigidas en ángulos extraños, con las ventanas dando al aire salado de la costa. Me hallaba cerca. Aferraba la correa de mi mochila con emoción. Me adentré por pasillos en donde el ambiente se enfriaba, pasillos oscuros que me parecieron iglesias, subí las escaleras con certeza, hacia el apartamento que ella había compartido con su nona, con su abuela. Golpeé un par de veces la puerta.

No hubo respuesta.

Pero yo estaba seguro de que ese era el número. Sin jactarme de mi paciencia, giré el picaporte. Estaba abierto. Adentro me recibió cierta oscuridad y frío. Las penumbras reinaban. Pasé, tanteé con cuidado todo mientras me movía, llamé su nombre.

-¿Carla?

Nadie. Suspiré, imaginando que ella había ido a pasear. Abrí las cortinas: polvo y luz salieron volando, obligándome a toser y restregarme los ojos. Creí ver una cosa vieja y arrugada, sentada a mi espalda, y me giré con el corazón haciendo martilleos en mi pecho por el susto. Había una silla mecedora. Pero nada sobre ella.

Me detuve unos segundos, calmándome. El largo viaje me jugaba ilusiones. Necesitaba descansar.

Sin embargo, también estaba seguro de haber visto aquello.

Una cosa arrugada.

Muerta.

Me volví a la ventana abierta, en realidad muy consciente del apartamento vacío y de mi espalda. Afuera el sol resplandecía, y Cerdeña estaba tan hermosa como siempre lo había imaginado. Tomé mi mochila, dejé aquel lugar, bajé y fui a la playa a sentarme. Carla me había mostrado muchas veces imágenes de esa misma playa, en donde le gustaba pasear todas las mañanas. Se lamentaba de no tener un perro para que la acompañara. Recordando eso con añoranza, tomé de mi mochila mi computador y lo abrí, rezando porque tuviera suficiente carga. La tuvo. Revisé mi correo. Ninguna respuesta de Carla.

*“Pero por supuesto que no va a responderme”* pensé *“Si se ha ido a algún sitio a pasear, seguro para calmarse antes de verme.”*

En el fondo lo sabía. Claro, luego de mi viaje, cansado como me hallaba, no podía decírmelo a mí mismo, así que continué esperando. Recorrí los paisajes italianos, siempre bien sonriente, visité todos y cada uno de los lugares que ella me había mostrado, riendo cada tanto al recordar, recordándola. Cada tanto me sentaba, encendía mi computador, revisaba sus mensajes. El último, de apenas dos días atrás, leía:

No debe faltar mucho para que llegues.

Te estaré esperando con una rica comida. No te imaginas lo que espero tu compañía. Y después pasearemos por el mar. A la noche también. Quisiera enseñarte un montón de cosas.

Muchas gracias.

Y lo revisara cuantas veces lo revisara me parecía algo escrito con honestidad, por una chica que se sentía sola y que necesitaba la compañía, así como mi necesidad de ella me había motivado a realizar tal empresa. Sin embargo, no tenía señal alguna de Carla. Recorrí el resto del pueblo por horas, hasta que mis pies solos se detuvieron, negándose a continuar, me dejé caer, dejé que las penumbras de la tarde se juntaran a mi alrededor.

Regresé al apartamento de Carla, y volví a tocar la puerta. Puse mi oído cerca, e intenté escuchar. Por algún leve instante, creí captar una leve respiración, pero luego se me ocurrió que podía tratarse de la mía. Abrí. Todo estaba como antes. Todo estaba como si no hubiera sido tocado hacía meses. Pero yo recordaba las fotos, los videos, todo lo que ella me había mandado, así que no quise rendirme. Me eché en uno de los sillones, hambriento y agotado, y conecté mi computador ya apagado. Revisé los mensajes que ella me había mandado, todos los archivos compartidos.

En un video, Carla se hallaba justo en donde yo estaba, jugando con uno de sus rizos entre los dedos, saludándome con la otra mano. Mostraba dientes blancos como perlas al sonreír, y luego giraba la cámara, haciendo un paneo general de todo el sitio, excepto que todo estaba abierto, iluminado, lleno de comida y de vida. No había mecedora alguna. Lo pausé infinitas veces, viéndolo todo: las ollas, llenas de sopa, ahora vacías y contra el lavaplatos, los muebles resplandecientes, que ahora cubría una capa de polvo, los almohadones y dibujos, inexistentes para mis ojos. Era una locura, pero allí estaban. Se captaba la ventana abierta, y el cielo tras ellas era un cielo de mañana, idéntico al que yo había visto al llegar. Lo cerré, y abrí otro video. Carla caminaba por la playa, dejando livianas huellas tras ella sobre la arena, huellas que rápido el viento se encargaba de erosionar. Carla era real. Otro video. Ella señalaba un globo que volaba por sobre las fachadas de dos casas, y reía. Otro. Carla me mostraba su cama, se echaba en ella, y aflojaba la manga de su remera. Cerré el reproductor.

Cerré los ojos.

Y dormí.

No hubo señal alguna de Carla al siguiente día. Ni la hubo tampoco al tercero, ni al cuarto; pero durante esos momentos, yo decidí que morir de hambre no era mi intención y en cambio busqué abastecerme, tan bien como lo había hecho en mi ciudad. Amarré mi barco, y retiré de su interior las provisiones que me habían quedado, tantas y tan provechosas. Visité los sitios en donde Carla me había mostrado tomaba comida para sus recetas; y en ellos las estanterías estaban llenas, cubiertas también de una capa de polvo que se había acumulado desde hacía días. Había latas de arvejas, de pescado en conserva y carne en salazón, que en mi desasosiego disfruté con gran placer.

Carla no aparecía.

Yo me preguntaba, una y otra vez, qué era lo que había ocurrido. ¿Había huido? ¿Se había asustado de repente, tan acostumbrada a su soledad, y se había marchado de Cerdeña para no tener que verme? Lo cierto era que me parecía improbable, y no porque creyera en su honestidad. Me parecía improbable porque había cosas todavía más improbables aún. Cosas como que yo hubiera tenido que quebrar las puertas de las tiendas, cosas como aquel departamento tan lleno de olor a encierro, cosas como el computador que encontré en uno de los armarios, con fotos de Carla de niña, desdentada y feliz, pero ninguna de las fotos o de los videos que ella me había mostrado. Era perturbador, hallarse en ese sitio. Era perturbador preguntarme con quién había hablado, qué me había estado respondiendo todos esos días, desde el otro lado de la pantalla, qué era lo que me había engañado. Era pavoroso el silencio de Cerdeña, un silencio que parecía haber sido ininterrumpido desde hacía meses.

Decidí volverme.

Aunque quise posponer aquella decisión lo más posible, lo cierto es que terminó por llegar. No había nada para mí en este sitio, nada más que recuerdos que no me pertenecían, y cuando visité por fin ciudades cercanas, cruzando las aguas en busca de alguna señal de mi amada, el resultado fue el mismo. Internet no me proveyó respuesta alguna tampoco: los sitios se hallaban congelados, vacíos, y mis mensajes en ellos eran cartas de un naufrago desesperado, sin un sólo ojo que pudiera leerlas. Esperé, con cierta tenacidad, que todo fuera un mal sueño, que Carla se apareciera, y mientras los días pasaban mi corazón se llenaba de amargura, preguntándome, si no me había yo vuelto loco, lo suficientemente loco como para atravesar el océano por una ilusión, por un fantasma.

Pero en mi computador, las fotos seguían allí. Eran fotos de otro mundo, un mundo donde ella existía, un mundo en el que quizás todavía me esperaba. Sin embargo, decidí que no había más remedio que volver. Tenía el vago temor de que, en realidad, hubiera sido el venir lo que me hubiera alejado de Carla, y al regresar a mi ciudad, ella pudiera contactarme de nuevo, pudiéramos vernos, la horrible soledad en la que me hallaba se convirtiera en una ilusoria pesadilla. Así que volví. Una mañana cualquiera, tras haber pasado ya más de un mes en Cerdeña, empaqué mis cosas, preparé comida, arreglé mi bote y, mientras el sol se sumergía en el horizonte, puse rumbo en dirección a mi tierra natal, preparado para todo.

No recuerdo mucho de esa travesía. A diferencia de las idas, las vueltas suelen pasar por detrás de la mente de quienes las realizan: son una repetición, después de todo, son el descoser de una bufanda, un video reproducido en reversa, al que no se le da importancia. Sé, sí, que pasé la mayoría de mi tiempo arrojado en mi camarote, viendo el techo, sintiendo el barco moverse y que, si antes había imaginado que de caer a una isla desierta no me hubiera sentido importunado, en aquel momento mi abandono era tal que ni un maremoto hubiese podido ser capaz de arrancarme la más mínima emoción. Para cuando mi barco arribó a la costa, bastante alejado en realidad de las magras playas de mi ciudad, hacía dos días que la comida se me había agotado, de ser comer lo único que yo hacía en su interior, además de ocasionalmente corregir su rumbo.

Pero llegué. Llegué y pisé mi ciudad, la ciudad que había creído jamás volvería a pisar, la que no era bella como Cerdeña pero era mía, mi hogar, mi pasado y ahora mi futuro. Llegué y, alicaído como me hallaba, caminé por sus muros, por las vidrieras que había roto, los fragmentos de vidrio desperdigados en la calle, las ropas, los carteles, todo el desorden ocasionado por un solo ser humano. Mi mente divagaba, junto con mis pasos; reticente a regresar a mi hogar, yo circulaba dando vueltas, revisitando un viejo palacio, hasta que mis ojos se toparon, de pronto, con un montón de basura en el suelo, con pedazos de brazos y piernas, y torsos deformados.

Di un alarido mudo. Corrí hacia aquellos cadáveres, con lágrimas en los ojos, tropecé, me lastimé las rodillas y los codos. Al caer lo comprendí. Alcé la vista, y recordé los maniquíes, los maniquíes que yo mismo había incendiado. Continuaban allí, chamuscados, sin ser tocados por los pájaros. Entonces rompí a reír.

Y rompí a llorar.

Lloré sin consuelo, frente a los maniquíes. Lloré y lloré inclinado sobre mí mismo, considerándolos, habiéndolos extrañado, lloré como el demente que era, preguntándome qué había pasado, con todos, con Carla, a dónde se habían ido, por qué me habían abandonado. Lloré, y lloré, y lloré, y caí allí desmayado y herido en el asfalto, sin decir nada, esperando desaparecer.

En cuanto el sol dio su vuelta, la vida continuó para mí.

Desperté. Regresé a mi propia casa, la abrí, me preparé un desayuno con lo que allí había. Mi alma se había templado. Tenía algo en mente. Tenía en mente un sueño que había tenido la noche anterior: en este sueño, los maniquíes tenían caras, caras de personas, que me observaban desde las vitrinas sin que yo pudiera verlas. Ese sueño me recordaba a Carla. Pues pensaba:

¿Y si no soy el único?

¿Si tan lejos, en esa isla, ella se encuentra como yo, desconsolada, preguntándose por que he desaparecido?

¿Si simplemente no podemos vernos?

Y nos ignoramos, y existimos como únicos el uno del otro, en nuestros propios mundos, inafectados por los demás. Tal vez nuestro encuentro fue una simple casualidad. Tal vez algo, algo en ella y en mí, en nuestras historias, en nuestros secretos, algo pudo conectar. Me importaba Carla. Quería saberlo todo de ella. Le oculté tantas cosas, temiendo que le desagradaba quien era yo… Ese miedo, esa vergüenza, estoy seguro de que ella también podía sentirla. Estoy seguro de que Carla también tenía sus secretos, un secreto viejo y arrugado, muerto, sentado en una silla mecedora, un secreto que no se había decidido a mostrarme. Y que como los míos, yo jamás fui capaz de mostrar.

Pero ahora tengo tiempo. Puedo probarlo todo.

Despierto. Veo el mundo por mi ventana, y el mundo es soleado, es mío. Tomo mi camisa, me visto, salgo a la calle: imagino mil sombras cruzándose, sin poder tocarse, sin poder percibirse unas a otras, un millón de mundos diferentes, todos tan llenos de soledad. Imagino a Carla, sentada en su hogar, observando el mar desde las cortinas abiertas, preguntándose. Imagino mi vida antes de que todo ocurriera, las cosas que odié, las que amé, cuánto quería estar solo.

Y llegó a donde quiero. Abro con mis llaves, paso al interior, está frío, frío y abandonado. Suspiro, y mi aliento hace vahos sobre el aire. Me acerco a la puerta, y cierro los ojos. Golpeo.

Silencio.

-¿Mamá? Soy yo, Jeremías.

Silencio.

No hay respuesta alguna. Sonrío con amargura, raspando con mis dedos esa madera vieja, preguntándome qué sigue. Preguntándome si me espera la muerte, o años y años de soledad, de espera. Preguntándome si mi madre podría perdonarme, por el tipo de hombre que fui, por como lo odié tanto todo. Si Carla podría perdonarme, perdonarse a sí misma.

Silencio.

Y entonces,

*-¿Jeremías?*

Y en el silencio, sé que todo el mundo me acompaña**.**